

ALGUNOS MÁRGENES DEL CUENTO HISPÁNICO



La exposición en unas pocas líneas del vasto panorama del cuento en lengua española es a todas luces un empeño desmedido que tal vez sólo sea compensado por el aliciente del apunte que pueda suscitar la discusión posterior.

Mi objetivo, por ello, se cifra en el trazado de márgenes muy generales que sirvan de orientación y referencia para, a su través, tejer la retícula para asediar el conjunto.

A mi modo de ver la diferencia sustancial entre el cuento español y el hispanoamericano reside en la mayor autonomía de este último. En las letras americanas fluye al margen de la novela, goza de completa emancipación y es un género en sí mismo. En España la relación es de dependencia, de manera estrecha o laxa, el cuento no ha alcanzado su mayoría de edad frente a la novela.

La historia y la sociología literarias determinarán las causas de este hecho que me parece incuestionable.

Aduzco como primera prueba, y con toda la caución que el caso merece, que hay muy pocos narradores en España que sean conocidos exclusivamente por su labor como cuentistas. Seguramente por-

que el proceso y la dirección del desarrollo cultural así lo ha exigido.

El cuento hispanoamericano discurre por otros derroteros. Ha concitado mayor atención, sus únicas ligaduras se explican por el talento de sus creadores. Su vinculación con la historia también es distinta. El desarrollo literario no sirve para explicar el cuento, sino que es éste quien crea su propia historia, la funda y la expande.

En nuestro país, sin embargo, muchos cuentos son deudas no saldadas con la novela, bien a través de reducciones de la misma o bien presentándola como fragmentos inconclusos.

Tal vez dé la impresión de doblar excesivamente el análisis con el riesgo de quebrarlo, pero es inobjetable que no contamos con maestros del género de la talla de Borges, Rulfo, Cortázar o Monterroso que son, sin duda, clásicos del mismo.

Más aún, la nómina de excelentes cuentistas es amplísima en la geografía americana y cualquier lector atento puede ser fedatario de esa circunstancia.

Usando este tamiz es posible explicar el cuento español según el lugar que ocupe en el entorno de la novela. De forma abrupta, como antedije, es un apéndice fragmentado de la narración larga.



Desde la postguerra hasta ahora sufre avatares paralelos, salvo en los últimos años. Históricamente está unido a los vaivenes del realismo y sus rupturas y, sólo ocasionalmente, excede esa dialéctica.

En puridad, incluso en aquellos de notable calidad literaria, el cuento español se aproxima más al relato breve que al cuento propiamente dicho.

En beneficio de la máxima claridad, fijaré mi atención en tres autores que unifican valores literarios y modelos creativos que sirven de centro para la explicación.

Muchos de los espléndidos cuentos de C.J.Cela sobrestiman la importancia que el personaje posee como elemento narrativo. Esto es, se inclinan por la exploración completa que, desde la óptica literaria, posee. El nombre, su descripción, sus hábitos indumentarios, sus pequeños sucesos y su confinamiento en los linderos cotidianos vertebran el texto narrativo.

Los relatos de Cela podrían definirse como el cultivo del margen literario.

Ignacio Aldecoa escruta en la realidad social y atiende preferentemente a los núcleos donde se agudizan los defectos colectivos que repercuten en los seres más indefensos.

En Aldecoa, la realidad está en la base y el tratamiento literario consiste en despejar la superficie de la situación medianamente la claridad que otorga la escritura literaria.

J. Benet se sitúa en el otro extremo del arco. En sus cuentos la realidad es una referencia con tintes opacos que se van clarificando con el progreso del propio texto. El resultado final consiste en una superación de la historia contado en beneficio de los recursos estilísticos. Entre ellos destaca como dominante las vetas de irrealidad que respuntean los aspectos más interesantes del conjunto.

Los autores de las últimas décadas soslayan parte de estas ataduras y atenúan las dependencias. Ahora bien, salvo en algún caso, su labor está más avocada en la tentativa que en la consecución, más en el deseo que en el logro. Lo cual ya es bastante, si pensamos que la modificación del panorama heredado no es fácil ni en el tiempo ni en la obtención de la calidad literaria.

El cuento en Canarias ofrece tintes peculiares porque el desarrollo de la narración también es distinto.

**En nuestro país,
sin embargo,
muchos cuentos
son deudas no
saldadas con la
novela, bien a
través de
reducciones de la
misma o bien
presentándola
como fragmentos
inconclusos.**

El realismo en las islas no cala muy hondo, salvo excepciones, y desde luego no domina en la novela. Desde muy pronto, Isaac de Vega y Rafael Arozarena abordan el cuento sin limitaciones o cortapisas y con una buena dosis de imaginación.

La generación siguiente, Víctor Ramírez, Luis Alemany, Juan Pedro Castañeda, Alberto Omar, Daniel Duque, se inclinan por las referencias atlánticas más que por las peninsulares.

De tal manera que, independientemente de su valor, -que es necesario mirar en cada caso-, los fundamentos del cuento en Canarias confieren una libertad casi ilimitada y sin referencias opresivas.

Estos supuestos condicionan inevitablemente la hechura de los cuentos. Su construcción y arquitectura se explican, en gran medida por los márgenes en que discurren.

El cuento hispanoamericano parte de la realidad normalizada y la extiende para ir impugnando progresivamente y volverla insólita al final. Pero no es una relación de dos componentes alejados entre

sí, sino fundidos y luego confundidos para mostrar los visos menos perceptibles de la cotidianeidad y al mismo tiempo exponer el realismo que posee esa zona fronteriza que es el territorio del cuento.

Me atrevo a sugerir, como diría Borges, que es la consecuencia de una doble herencia cultural. De una parte la influencia europea y de otra la profundización en la cultura propia de América. Tal vez, como suele llamarse, ahora, el resultado de un afortunado mestizaje.

No atisbo en el cuento peninsular, o al menos no con total evidencia, ese maridaje.

Existe el entorno y su ruptura, pero como elementos divorciados. De tal modo que hay siempre una inclinación hacia uno u otro lado. Bien hay prospecciones acerca de aspectos infrecuentes, semiocultos o distorsionados; o bien se sustantiva la imaginería, el simbolismo o la franja abstracta.

Por ello la constante que me parece podría definirlo es el fraccionamiento en general y la disposición a la fractura en particular.

Señalé que el género en Canarias tiene rasgos distintivos. Al carecer de tantas coerciones también posee menos lastres y puede transitar por otros derroteros.

En una primera etapa se funda en la imaginación para proponer desde ella otras vías de comprensión de la realidad, posteriormente la adecua al entorno o procede con supuestos semejantes a los citados en América y, actualmente, se perciben líneas diferentes, siempre a nuestro parecer, dentro de este marco; con inclinaciones hacia los distintos polos del mismo.

También en Canarias se ha revitalizado el cuento y en estos momentos, además de los citados, hay una serie de autores con un prometedor quehacer, más o menos cuajados, que nos permiten albergar esperanzas sobre un porvenir halagüeño y fecundo, si no se trunca la senda emprendida.

Entre ellos destaca a Carlos Pinto Grote, Sabas Martín, Cecilia Domínguez, Roberto Cabrera, Dolores Campos Herro, Víctor Alamo, Antolín Dávila, Agustín Díaz Pacheco, Jesús Rodríguez Castellanos y Juan Manuel Torres Vera.

Esperemos que el tiempo nos permita seguir el proceso de desarrollo del cuento español para colocarlo a la altura que, sin duda, merece y necesita.